

ANIQUILAR LA MONOTONIA DEL FUTURO *

I. Ediciones del Centro ha tenido el acierto de publicar un texto de Luis Núñez Ladeveze titulado *Utopía y realidad. La ciencia-ficción en España*, en el que se rastrean significaciones más profundas de las que habitualmente han venido adjudicándose al género. Para el autor, la literatura fictocientífica posee sentido en cuanto expresión global de una serie de pasiones ocultas, tendencias inconscientes y temores encubiertos de la colectividad. Más que un simple género literario de cuño moderno, la CF sería el territorio privilegiado donde desembocan algunos de los signos centrales del alma de nuestra época. *Síntoma elocuente aunque larvado de nuestra situación espiritual*, la CF manifestaría dicho carácter en su misma proliferación, en su enorme capacidad para atraerse *adeptos*, en su variedad tentacular, en su grado de exacerbación...

¿Qué es lo que narran los relatos y las novelas de CF?, ¿qué destinos nos auguran?, ¿hacia qué posibilidades evolutivas se inclinan? Estas preguntas son fáciles de contestar. Considerada en su disperso y pendular conjunto, la CF se ramifica en una red inmensa de escuelas, intencionalidades y formulaciones cuyos haces argumentales van siendo desbordados por todas las dimensiones. La multiplicidad se ve complementada por el vértigo del matiz y por la distorsión que descodifica y reelabora cada núcleo de los avatares humanos. Frente a cualquier tesitura evolutiva, la CF se despliega ocupando todo el abanico de posibles y ficticias posturas. En una palabra, *la literatura fictocientífica nos vaticina todos los disfraces imaginables* de la aventura de la especie: metidas en la batidora de la ficción literaria, exploraciones, psicologías, éticas, cosmologías, tradiciones, tecnologías y civilizaciones se enganchan y desenganchan formando un decurso incoherente, desordenado, ambiguo, caprichoso y disforme de narraciones.

II. La CF nace como fruto de la intercalada descomposición de varios géneros literarios: *el de aventuras, el utópico y algunas vertientes del fantástico*. A mi juicio, en la interpretación de sus orígenes se ha menospreciado un hecho capital: entre la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX se consume la exploración de todos los territorios vírgenes de la Tierra. La investigación geográfica del Pacífico, el internamiento en el corazón de África y las batidas por los círculos polares constituyen los hitos finales del sondeo de la superficie del pla-

* Notas sugeridas por el libro *Utopía y realidad. La CF en España*, de LUIS NÚÑEZ LADEVENZE.

neta y arruinan los imantados «finis terrae» de la cartografía—suceso que Jack London había intuido durante su fracasada aventura a bordo del «Snarck» (¿entre 1907 y 1910?).

Al paio de este proceso, la pasión aventurera va transformando sus metas y sus cauces de expresión épica: las profundidades marinas, el centro de la Tierra, la Luna y una serie de ámbitos que la ampliación científica de la naturaleza va tornando accesibles (el átomo, la luz, la célula y una serie de prodigiosas y virtuales aplicaciones tecnológicas) van constituyéndose en horizonte remoto de la insaciable curiosidad humana. Jules Verne (1828-1905) es el monarca indiscutible del efímero reinado de la literatura científica, vástago mutante de la narración de viajes y aventuras. Los títulos de sus obras muestran el alcance y la dirección de las nuevas inquietudes: *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *Viaje a través de lo imposible* (1882). Pero la novela científica no es una crónica, ni la ficción escrita de un viaje que pudo ser real, sino la antesala imaginativa tras la que operan la nostalgia por las tierras libres de la huella humana, el ansia por huir de lo legislado, la tribulación ante el amontonamiento y la ambición por hurgar en los novedosos continentes de la naturaleza. En resumen, la literatura científica comienza a inclinarse expectante hacia el futuro y se inicia en los secretos de la extrapolación, de suerte que sus argumentos van mezclándose paulatinamente con los de la tradición narrativa utópica.

Entre tanto el sugestivo vivero temático de la literatura gótica o fantástica irá zapando la rigidez de sus fronteras merced a las reformulaciones discontinuas de una serie de autores entre los que cabe destacar a Mary Shelley (*Frankenstein*, 1831), Arthur Machen, Lord Dunsany y sobre todo H. F. Lovecraft (1890-1937). Las drásticas murallas que aislaban el universo luminoso del humano—antes sólo franqueables mediante prácticas rituales, herméticas, místicas o esotéricas—van siendo horadadas por nuevos procedimientos, de forma que parte del acervo del «más allá» también se reinsertará en el insurgente género fictocientífico.

Podemos, pues, concluir que *de la progresiva remodelación y del pausado apareamiento de los tres géneros citados saldrá a la luz la CF*, y tal vez H. G. Wells (1866-1946) pueda ser considerado sin excesivo desatino el autor fundacional de la nueva fórmula literaria. La evolución interna del género situará pronto en los espacios interplanetarios e intergalácticos, con sus miríadas de universos y formas de vida, el claustro excepcional del fuego prometeico, de los misterios mágicos y del atraente porvenir. Sin embargo, la CF no abandonará su interés por otros

entornos, tiempos y fenómenos que el persistente desarrollo científico y la reconversión de los antiguos elementos fantásticos le irán suministrando.

III. En cuanto herencia de la literatura utópica, las ubicuas vicisitudes del futuro serán la morada de las narraciones fictocientíficas, siempre y cuando tengamos en cuenta que se trata de un porvenir que, asumiendo las especulaciones científicas y esotéricas dedicadas a «Cronos», puede desembocar en el pasado o desarrollar mundos paralelos en otras dimensiones furtivas o considerar al universo «desplegado en acto» o especular con sorprendentes y circulares sendas del tiempo. De todas formas, y en contradicción con la utopía, la CF abandona cualquier designio de regenerar el tiempo o de alcanzar una serenidad terrena y comunitaria, cualquier anhelo de alcanzar el «fin de los siglos». Convertida en ficción pura, en juego, la CF se va despojando de aspiraciones a influir en las pautas del devenir y de antojos proselitistas sobre sus coetáneos. Núñez Ladeveze indica: «La CF ya no es un centro de referencias o atribuciones éticas.» Y algo más adelante dice: «La aventura de la CF ha consumado al sacrilegio de la decepción. Lejos de ser una alternativa posible para un proyecto de felicidad cívica, compone el arco de las innumerables alternativas para un proyecto de destrucción.»

Entendámonos: no se trata de que invirtiendo la utopía se haya convertido en antiutopía, sino de que fragua *la ruptura epistemológica con utopías y sus contrarios*. La literatura fictocientífica se ha desgajado del utopismo a la manera de Gabriel Tarde, Theodor Hertzka, Sebastien Faure o J. B. S. Haldane (epígonos de Fourier, Cabet, Bellamy o W. Morris) y al mismo tiempo de las antiutopías de Wolfe, Zamyatin, Huxley, Orwell o los hermanos Capek. En las novelas y narraciones de estos últimos autores, el terror nace indefectiblemente del triunfo del totalitarismo político o del maquinismo monstruoso, a la manera de un reflejo literario de fenómenos que conducen al pesimismo político o al descrédito de la era de las máquinas. Por el contrario, el pánico que provoca la CF en sus lectores es, como comprobaremos más adelante, sigiloso, polimorfo e irresistible: diríase que es el fruto ineludible de la espiral evolutiva, incluso la cosecha inesperada tras la gestación y triunfo de alguna ansiada utopía.

IV. Literatura desmembrada y siempre en pos de nuevas lucubraciones nacidas de la extrapolación de alguna tendencia en estado latente,

¿qué esperanzas y decepciones nutren el talante fictocientífico? Núñez Ladeveze no termina de aclarar esta incógnita con la suficiente amplitud y claridad. El autor apunta una forma imprecisa de identificación del género: la CF se constituiría «en la anexión imaginativa de las posibilidades suministradas por el proceso científico-técnico». Acude luego a un texto de Roger Vallois en busca de más luz: «El relato de anticipación refleja la angustia de una época que tiene miedo ante los progresos de la técnica y la teoría. La ciencia, al cesar de representar una protección contra lo inimaginable, aparece más como un vértigo que nos precipita en él. Se diría que ya no aporta claridad y seguridad, sino duda y misterio.» Nos hallamos, pues, en el ámbito de la ya tópica interpretación que limita los elementos nutricios de la CF al proceso científico-técnico y a las insatisfacciones que éste introduce en el hombre. Se trata de una opinión acertada, pero no suficiente.

Efectivamente, la literatura fictocientífica ha comprendido (y utiliza en sus argumentos) el crucial papel del aparato científico y técnico como acelerador de las líneas evolutivas de la colectividad. Pero a la vez la CF ha vislumbrado que ese aparato de la ciencia es *concreto y funcional* y que se halla subordinado a unas estructuras sociales dominantes. En consecuencia, es pueril adjudicar influencias exclusivas sobre la CF a un *abstracto y aislado* proceso científico-técnico. A mi juicio, la CF se alimenta del conjunto cohesionado de contradicciones que laten en el seno de las comunidades humanas. A continuación abordaré el contenido de esas contradicciones y también el papel que en ellas desempeñan la ciencia y la técnica.

La característica fundamental de las múltiples ramas de la ciencia actual estriba en el ahondamiento obsesivo en cada respectivo discurso, en la dispersión por los meandros de la especialización, en el crecimiento indiscriminado de cada propia especificidad con las únicas mediaciones del poder del dinero y del dinero del poder. Sin haber dado solución a ninguno de los nudos críticos en que ha situado a la humanidad, la ciencia se desliza en la complejidad, la diversificación y la deshumanización: introduce absurdas necesidades, incógnitas y exigencias en los estratos privilegiados de la comunidad y sobre todo *abisma las distancias entre las sociedades humanas y la posesión de los recursos que deciden las condiciones de su vida*. En este último aspecto se detecta la activa sumisión del aparato científico al Estado despojador y alienante: el papel último de ciencia y técnica es interponer mediaciones entre los pueblos y los resortes decisivos de la organización social y establecer una creciente dependencia de las naciones para con las vanguardias tecnoindustriales, sin parar mientes en la ruina cultural y ecosistémica que ello implica. Dentro de cada frontera nacional, la ciencia coopera en la

ampliación de las responsabilidades y controles del Estado sobre la gestión de la vida colectiva: multiplica la división del trabajo en el seno del poder, oculta tras la cortina de humo de la especialización las posibilidades reales de gestión popular, incrusta en la orla de los centros decisorios una entorpecedora maraña de manipuladores «representantes» de la voluntad popular (ejecutivos, administradores, tecnócratas), impulsa tareas investigadoras desconectadas de las necesidades reales con el fin exclusivo de suministrar cantidades ingentes de técnicas y aplicaciones alucinantemente fútiles...

V. Convengamos, pues, que es en la configuración dominante y castradora del Estado donde se estructura el aparato científico y técnico, como herramienta primordial de la reproducción del sistema. Quien anima los vigentes métodos del avance científico es el frío monstruo del Estado, el juez supremo en la administración de la represión y la muerte, el acaparador heredero de las esperanzas humanas en la justicia y la libertad. Es el Estado quien uniforma, según un grosero modelo de desarrollo centralizado, la antigua diversidad cultural. Es el Estado quien, parapetado en las pretendidas necesidades de organización de la colectividad, despoja a la población del globo de los recursos para elaborar sus propias condiciones de vida y los acumula en manos de sus vástagos, es decir, en un puñado de centros decisorios de cada frontera nacional. Es también el Estado quien va diseñando una civilización laboral y fabril por antonomasia y quien trata de consolidar la mercantilización de las relaciones humanas.

Progresivamente abstracto (aun cuando nosotros lo sentimos aplastantemente concreto), despersonalizado y repartido (sabiamente repartido), el Estado se pierde del alcance de nuestro odio. Igual que el inasible Dios, se encuentra en todas partes y en ninguna. Ello no impide que las tendencias que se enfrentan al Estado también se fortalezcan: movimientos socialistas, democráticos y autonomistas; estrategias anti-colonialistas, antiautoritarias e igualitaristas; líneas de oposición cultural, urbana y ecológica; formas de enfrentamiento al monopolio de la energía y a la dependencia tecnológica; radicalización de múltiples grupos marginados... El monopolio de la revolución, al que aspiraba el marxismo mediante sus variadas sectas, ha estallado en pedazos como consecuencia del derrumbamiento de la fe en las «leyes históricas». Del crisol del materialismo histórico y del anarquismo, herederos del utopismo activo, sólo ha quedado indemne el ansia antropológica liberadora que se formula en un sinnúmero de prácticas centrífugas, coyuntura-

les y parciales, cuando no queda obstruida y dilapidada en los grandes partidos de la «izquierda oficial», empeñados en implantar ese sustitutivo perfeccionista del Estado que se inaugura con la dictadura del proletariado.

VI. La literatura fictocientífica se nutre de todos y cada uno de los fenómenos que surgen del choque de los dos citados procesos y sabe que lo que nos modela es precisamente esta caótica malla de presiones crecientes y contrapuestas. Pero, sobre todo, intuye que, lejos de un pronunciamiento decisivo, el porvenir que se nos avecina estará tejido por la reproducción incontenible del enjambre de mediaciones interpuestas, será *el vaivén de variaciones que vendrán a añadirse a un pasado igualmente trazado por la sucesión de metamorfosis*. Fruto de esta radical intuición, la literatura fictocientífica evacua drásticamente la totalidad de las categorías, valores y fines que sostienen el fantasmagórico entramado de la cultura moderna. Si todo es sucesión de acontecimientos, si nada se posa sobre suelo firme, si hasta el orden con mayores prestigios es efímero y engañoso, si estamos irremisiblemente abocados a la crisis permanente y al cambio perpetuo, si todas nuestras experiencias se hallan invadidas por los sobresaltos de una ininterrumpida cadena de reorganizaciones y por una espiral sin salida de aprendizajes y adaptaciones. Si esto es así, al menos es urgente que abandonemos la idea de llegar a parte alguna y que arruinemos definitivamente la mitología del progreso y las ficticias «leyes de la historia» que lo sostienen. La CF ha captado esa plaga fundamental, desembocadura de una larga trayectoria¹, que azota a la modernidad: dilatoria remisión de cada «hoy» a su abominable «mañana»; postergación sempiterna que constituye la segunda naturaleza de nuestra civilización; sintomática forma de vivir la realidad supeditándola a las ventajosas (y ficticias) condiciones del futuro; anulación de la inmensidad de nuestros tiempos psíquicos (hijos de la imaginación) a manos del tiempo obligatorio de la máquina y la producción; esclavitud de nuestro espíritu para con un «previsionismo patológico» que rige todas nuestras transacciones con el mundo, el prójimo y los objetos²; peculiar forma nuestra de concebirnos inmersos en acontecimientos que aún no han tenido lugar...

¹ Los orígenes de tal vuelco social y emocional hacia el futuro constituyen materia de reflexión de numerosos autores. De los que conozco señalaré como más sugestivos: *Visión histórica del futuro*, de W. H. G. ARMYTAGE; *Contra la historia*, de CIORÁN; *Los hijos del limo*, de OCTAVIO PAZ; «La revocación de la historia», episodio del libro *La filosofía como anhelo de la revolución*, de FERNANDO SAVATER. La obra de HEIDEGGER, coyunturalmente, y la de MIRCEA ELIADE, profusamente, abordan, asimismo, tal tema.

² Aunque el grado en que este «previsionismo patológico» ha contagiado nuestro psiquismo sea poco conocido, existen numerosas atestiguaciones. Citaré alguna: Sartre ha señalado que la

Rebelde ante este estado de *perpetua dilación*, la literatura fictocientífica ha ido fraguando una crítica paulatinamente cruel y disolvente de la idea misma de futuro. Cuando se abisma en la contemplación insistente del porvenir, la CF va hilvanando el tapiz de una evolución humana crecientemente compleja e ingobernable, *suerte de nueva Babel de confusas ceremonias y colosales dimensiones*. La peculiaridad básica en la apreciación fictocientífica del devenir es su *carácter indeciso, irresoluto y, en última instancia, repetitivo* hacia cuanto hace mención de las grandes directrices y esperanzas humanas. Tal peculiaridad se percibe incluso en una pretendida utopía, como *Hacedor de estrellas*, de Olaf Stapledon, novela en la que la irresolución tiñe las más elevadas incursiones místicas. No obstante, la inanidad letal del futuro suele ilustrarse, más a menudo, mediante una terrorífica equivalencia entre el avance de la flecha del tiempo y la pérdida de autenticidad o visceralidad de la existencia, que va siendo despojada de realidad y queda relegada a farsa grotesca y sonámbula. Valga como testimonio la magistral novela de Stanislaw Lem: *El congreso de futurología*, y como vertiente similar, esa pléyade de narraciones en las que la vida real de la especie ha sido suplantada por un tétrico catálogo de sueños insuflados a la población hibernada.

VII. Ahora podemos atisbar lo que subyace tras la inverosímil oleada de apariencias de la CF: la panoplia de desconcertantes universos, la recapitulación de porvenires, el repertorio de formas de vida e inteligencia, el catálogo exhaustivo de viajes por el tiempo y el espacio, tienen el secreto propósito de someter a un intenso, aunque larvado, bombardeo al conjunto de convenciones que apuntalan nuestra civilización. Tal dispersión de formas y contenidos es significativa en sí misma: deambular perpetuo por la llanura sin enigmas del azar, como reacción al imperio del binomio causa-fin que rige las creencias sociales; diversidad, nomadismo, disfraz y evanescencia, contra el monolitismo dogmático y monótono de la razón científica y el método lógico-deductivo; brecha abierta en la capacidad misma de la escritura para significar o representar; formulación de una desconfianza crónica en los contenidos del lenguaje en sus categorías y en sus juicios de valor. Cito a Núñez Ladeveze: (La CF es) «el alerta colectivo» ante el hecho

verdadera naturaleza de nuestra conciencia es una progresión hacia el futuro; Max Rollo, psiquiatra existencial, subraya que únicamente al encararnos con nuestra angustia por el futuro y tomando una posición relativamente positiva hacia ella, pueden salvarse los obstáculos del presente; el filósofo Cassirer corrobora que pensar y vivir en el futuro es una parte necesaria de la naturaleza del hombre; Octavio Paz dice que allá en el futuro, en donde el ser es presentimiento de ser, están nuestros paraísos...

de que «la palabra clásica ha dejado de ser controlable, ha llegado al límite de su aventura; debe ser, por tanto, en la medida que esconda, oculte o promueva una radical ambigüedad, rechazada, impugnada o sustituida por una nueva modalidad de lenguaje». Más adelante añade: (La CF) «ha comprendido que la misma palabra, a través del rizo de sus incontrolables metaforizaciones, puede servir lo mismo para negar que para afirmar, y que el juicio, lejos de ser una forma de alusión a la verdad o a la falsedad de un correlato, forja la sustancia de lo verdadero y lo falso, de modo que no es posible trascender los límites urdidos en la maraña clásica del lenguaje». En una palabra, derruidos los edificios del lenguaje y de la razón científica con los que sociedad y Estado anudan día tras día la prisión de *lo mismo*, la CF devuelve a la palabra su función descriptiva, connotativa e imaginativa y la despoja de su facultad cognoscitiva o judicativa, con lo que se convierte en el fehaciente reino de *la diferencia*³. La narración fictocientífica vale por sí misma, por su capacidad para contagiar el estremecimiento de la aventura, por la articulación sorprendente de sus fantasías, por la caprichosa danza que establece en el ámbito de nuestros valores y convicciones más atávicas. En cambio, los antiguos y graves núcleos éticos reaparecen como adicionales disfraces en el insu-miso juego de espejos del posible acontecer y la abrumadora unción de los desenlaces tradicionales queda disuelta en la estadística inmensidad de los avatares argumentales.

La CF moderna extrapola sin límites: todo es válido, porque todo puede pasar. Mejor dicho: *todo es válido, porque potencialmente alberga un caudal infinito de irreductibles diferencias*. Sin embargo, el peso impositivo de la cultura, la camisa de fuerza de los dilemas y categorías legadas por el pasado y la trampa ineludible en que se ha convertido la evolución domesticada por las ideologías estatales del «progreso», la razón científica, el trabajo y la producción, también se deja sentir. En consecuencia, tras los velos de su variopinta crónica premonitoria, la CF somete a una burla despiadada o a una indiferencia desoladora los modelos de futuro pergeñados por las corrientes utópica y anti-utópica en sus múltiples vertientes.

Constreñido por el laberinto opresor de las dilaciones y por el cangilón reiterativo de *lo mismo*, el héroe de la epopeya fictocientífica (Alvin, protagonista de *La ciudad y las estrellas*, de Arthur C. Clarke, puede servir como paradigma) también trata, como Ulises, de recupe-

³ Acerca del tema de la «inanidad» del futuro, de su carácter de continua dilación y ausencia de pronunciamiento, es decir, acerca de su cualidad de «repetición patológica de lo mismo», ilustran las obras de DELEUZE *Diferencia y repetición* y *Lógica del sentido*, los comentarios que le ha dedicado FOUCAULT en *Teatrum philosophicum* y el libro *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, de CLEMENT ROSSET. Además de la propia obra de NÚÑEZ LADEVEZE en múltiples aspectos.

rar su honor y su libertad amenazados por la mortífera alianza de la desdicha, la humillación y la esclavitud. Pero así como Ulises intenta retornar al «cosmos» (el territorio organizado, donde el honor y la libertad—«la *areté*»—acumulan los más altos valores) atravesando el «caos», Alvin descubre que el «caos» ha invadido el núcleo mismo de su «cosmos» civilizado. Por ello, la literatura fictocientífica sustituye la epopeya del «regreso a Itaca» por una nueva fórmula épica: la huida a cualquier confín remoto, el abandono del envenenado ámbito humano que no puede ser regenerado ni siquiera por el héroe de la más alta *areté*.—JOSE ANTONIO UGALDE (*Diario «Pueblo»*. Huertas, 73. MADRID).

JAUME PICAS: *Cine en pedazos*. Galba Ediciones, Barcelona, 1976.

Conjugar la densidad de contenido con la agilidad expositiva no es logro frecuente en un ensayo cinematográfico. Se suele acudir a la hueca erudición en muchos casos, o se teoriza excesivamente convirtiendo el libro en un indigesto discurso, en otros. Jaume Picas, en su *Cine en pedazos*, no ha cometido ninguna de esas dos equivocaciones. Desde el *Prólogo* hasta el capítulo final, que titula «La Galaxia Gelabert», se sucede una larga reflexión sobre el fenómeno cinematográfico, enfocado desde ángulos muy diversos: el artístico, el técnico, el ideológico, el crítico, el sociológico y el histórico. De esa múltiple consideración resulta un auténtico tratado de cine, en que la ausencia de estructura se halla suplida por el dinamismo expositivo que presta al libro un sentido totalizador.

Jaume Picas no precisa presentación para los cinéfilos, y quizá menos para los televidentes, que han podido conocer numerosas realizaciones suyas en los espacios dramáticos de la pequeña pantalla. Sus casi treinta años de crítico cinematográfico le avalan como uno de los mejores conocedores del séptimo arte en nuestro país. Las páginas de *Cine en pedazos* son un constante testimonio de la amplitud y profundidad de ese conocimiento. Su desarrollo de los temas no se queda meramente en lo anecdótico, sino que penetra en la entraña de los significados culturales y artísticos que el cine conlleva.

No es fácil destacar especialmente un capítulo de su libro, porque todos tienen un sello particular y atractivo. En el sexto, por ejemplo, incluye la agitada historia de la película «Nacida para bailar», con canciones de Colle Porter, que es un magnífico reflejo del dorado Hollywood